



El hilo de la camorra

Personajes:

María

Rosa

Javier

Niña

Carlos

Soldadera

Maestra

Doctora

Escena 1:**(La Niña juega en la esquina de la escena)**

Niña: No llego, no voy, no existo, la madre que no voy a tener, a mi edad, con un mazo, perseguía a los niños que trataban de golpear a su primo Carlos. Él huía en la ropa de ella y ella lo defendía con las botas de él. Ya soy la imprudente, la desatinada que nunca nacerá, para que ella siempre así lo siga siendo.

(Tras la puerta de la habitación, desde la penumbra, se va iluminando la escena, mientras se escuchan las voces de María y de Rosa).

Rosa: Solo ahora, por fin, entiendo por qué quisiste que fuéramos tantos. Con ambas en tu habitación, para mí, habría bastado. Sin embargo, no sé cómo lo lograríamos sin los otros tres que nos esperan abajo. Sabes, me preocupa que los perros ladren tanto.

María: Deben estar hambrientos, a todos los conocen muy bien. Lo peor que puede pasar es que les den su comida un poco antes del atardecer, estamos acostumbrados ya.

Rosa: Son bastante inquietos, seguro también están dando más trabajo de la cuenta.

María: Pues tendrán que encontrar la manera.

Rosa: ¿Esto también?

María: Las cosas a medias no son lo mío.

Rosa: Esto no tiene sentido, ¿para qué?

María: Preguntas retóricas ahora, entonces qué es lo que haces aquí.

Rosa: Son otros los motivos que me hacen siempre solapar tus trampas.

María: Estás segura de eso, yo no lo diría si fuese tú. Ya verás como todo nos será útil.

Rosa: Para qué tanta pollera, ¡por Dios!

(Pasos que se acercan)

María: Espera, son las escaleras.

(Javiertoca la puerta)

Javier: Creo haber entendido mal, Antonia dice que...

Niña: Lo que dice Antonia es siempre una verdad contundente.

María: Eso mismo, entonces, ya te lo dije, no puedo caminar, además ya no es solo el dolor, el pie se ha inflamado terriblemente.

Javier: Vaya, entonces que quieres que haga, que trepe por la ventana.

María: Ve a la habitación de a lado.

Javier: Antes derrumbo la puerta, seguro no estás sola.

Niña: Entonces ¿no más juegos, hasta mañana?

María: Gracias por preguntar, sí, me han dado ya algo para el dolor y la inflamación... no empieces, ya te han dicho pues que me lastimé al montar.

Javier: Y desmontaste, subiste las escaleras, pero solo cuando es hora de que yo duerma te has complicado.

María: Exacto, son los músculos que han enfriado ya.

Javier: Miren que ahora la señora sabe de anatomía, ¿estabas sola?

María: De medicina en todo caso. No, estaba con él Varonono.

Javier: Esa noticia me tranquiliza.

María: Espero que sea porque sabe mucho y es casi un médico, digamos un hombre de ciencia.

Javier: Si quieres llamar así a sus habilidades... ahora bien, esta es mi casa y no voy a dormir en otro cuarto.

María: Tendrás este para ti el resto de la vida, pero hasta la mañana no debo moverme. Ese hombre sí sabe de lo que habla, no pensarás que voy a desobedecer.

Javier: No lo lleses todo a burla, no me gustan esas compañías licenciosas y los sabes, además hoy, como siempre, duermo aquí.

María: Con o sin argumentos, no lleo a la puerta. Antonia sabe cómo preparar tu cena, solo es cuestión de que se lo pidas.

Niña: Quiero una capa de mago.

Javier: ¿Yo?

María: A menos que no pienses comer.

Javier: Prefiero no cenar a ordenar esos asuntos, mira que esas son cosas de varononezas.

María: En realidad, en esta casa, no tienes más que pedir para todo se disponga a tu antojo, no es complicado.

Javier: Ya está, se me ha ido el hambre, basta.

María: Es igual con la ropa y el mercado.

Javier: El alemán puede ser muy inofensivo, pero de todas formas ya no quiero que lo veas, solo trae problemas.

María: Solo fue una cabalgata, de hecho casi no tuvimos tiempo de hablar.

Niña: para desaparecer los gritos.

Javier: En la plaza se comentaba justo hace poco una historia suya, de sabanas manchadas.

María: No pensarás que era suya realmente, no recuerdo el nombre de la niña, era duro, en alemán, sé que era muy pequeña, que una mañana arreglando su cama, con la sábana por los aires, recordó un extraño olor, cuando la tela flotaba a la altura de sus ojos y luego, con el pliegue de las cobijas en la esquina, unas manchas extrañas y no del todo ajenas.

Javier: Qué tipo de persona se las arregla para dormir sobre sábanas sucias.

María: Entonces se dio cuenta de que había regresado, que posiblemente esperaba tras el armario.

Javier: De que hablas, no me dirás que, aparte de todo, el Varonono es un ladronzuelo.

María: el que aguarda en silencio, seguro cree que siguen siendo los mismos, que nada ha cambiado, que será igual de sencillo.

Javier: Que te pasa mujer, además de todo estás afiebrada.

María: Sí, quizás algo de eso puede ser, aunque al parecer son las únicas emociones fuertes que se alcanzan entre estas sábanas.

Javier: No empieces con eso de nuevo, no reconozco esas palabras, menos en ti. **(Se escucha la risa de Rosa)** Sabía que no estabas sola y reconozco esa risa, qué tramas, ¿es Rosa, verdad?, abre.

(Vence la puerta, al entrar encuentra la habitación, las gavetas y armarios vacíos, la ventana abierta y una nota, María y Rosa ya no están en escena).

Niña: Para desaparecerlas a ellas, a mí no, no se puede borrar a quién nunca existió.

Javier: **(lee la nota)** “Es un cuerpo flotante sobre sí mismo, un desdoblamiento y mucha luz, endulzarse en una descarga de endorfinas, me piden que vuelva, no los quiero escuchar, pero esta vez sí me iré. Ya no a tu costado, ni a tu izquierda, sino a mi diestra, con mi propia rienda. Te miraría a los ojos para hacerlo, pero con un débil de por medio basta. Un solo indiferente en la sala es suficiente, que pasea sin reparo frente a los ojos mendigantes, que no los mira si quiera, como si fuesen bultos. Todo esto te viene tan bien como a mí, vientres sobran y el mío es un colador viejo que no te servirá de mucho. Me llevo el olor del jardín, no mucho más, toma el resto. Para mí: un árbol, un banco y el viento, agosto y los perros” **(deja de leer)**. Como no me di cuenta

antes, se instala la causa María, por voluntad tuya. No necesito redactar el sumario. No tendrás defensa, será uno solo y de corrido, tengo todo claro en mi mente, pero debí haberlo sabido antes, el bochorno ahora es inevitable. Maldita sea, debí ser yo quien te corra. Pero saldré bien librado de él, te acuso de infiel, de traicionera, de descomedida, de poca mujer, de libertina, de divertida, de licenciosa, lo sepa o no. De derramar el contenido de los recipientes metálicos, de no acertar ni para cortar un limón, de llevar los pies de tierra a la cama, de cruzar tus brazos sobre el abdomen y mirar de perfil, de hechicera, de traer el aliento a ron, el tufo de cigarro en el pelo, junto a aromas que no quise reconocer. Sumaré todo a mis causas, pero sobre todo, tu destino sin duda será ruin y lastimero, tu muerte lenta y dolorosa, por arrebatada, por impulsiva, por inoportuna, así lo diré. En el final, entonces podré redimirme.

Dios sabe qué anotabas en tu libreta, la casa entera en manos de Antonia y tú cabalgando... soy un pobre de carácter, debí alzar la mano y la voz para corregirlo, pero no, sabías como ataviarme con tu sonrisa y ahora me has dejado, ingrata, pobre ingrata.

Finalmente dormiré en mi cama y traeré a una de las perras para que me acompañe, para no sentir tu ausencia. De que ideas se te llenó la cabeza, esa vida libertina, esas rizas de aguas fuertes, esos chistes inapropiados, esas canciones estridentes, esas risotadas destempladas. Tú y tus lozanas mejillas, tú desilvanada, tú perdida, tú lejana... y todo bajo mis narices, pero el peso de la burla caerá sobre tus espaldas. Prepárate ahora que me has despreciado y solo esta noche, y en silencio, me permito llorarte. Quizás lo repita a escondidas, llevándote una vez más flores, pero ahora para dejarlas sobre tu féretro. Debí irme

antes y primero, para que seas tú la que sin dignidad llore mi cuerpo frío,
pero seguro tendré que ver tu muerte y de por medio habrá una sonrisa.
Que te alcance mi venganza, solo espera por el peso de mi péndulo.

(La Niña sale de escena tras de Javier)

Escena 2

(Rosa lee en alto fragmentos de una carta, mientras conversa con María, hacia la esquina posterior, las demás mujeres van entrando hacia la esquina donde se encontraba antes la niña, lugar donde toman nota de lo que observan y escuchan).

Rosa: Déjame ver nuevamente la carta: "*Señora de mi estimación y respeto*".

María: La manera en la que alzan la copa los delata, fíjate, entonces es cuando debes acercarte. Antes de que las vuelvan a asentar debes estar ya junto a ellos, sin querer, los empujas. Te excusas, tomas algo para limpiar tu blusa y de paso la de él. **(Entra la maestra a escena)** Suavemente, mantienes la sonrisa, sin que sea tan evidente tampoco. Te sorrojas si puedes y preguntas algo sobre el reloj que traen o la medalla que exhiben, busca un elemento sumamente rápido, para la respuesta, te sientas.

Maestra: No pueden hacer mucho en mi contra, hago bulla, sabén que sería un escándalo, pero de todas formas me tienen marcada, digamos... los niños lo saben, quieran o no, vale la pena que aprendan también a no callar.

Soldadera: **(repite en voz alta la frase que anota)** Entrarán en la ciudad el miércoles al amanecer, lo harán sigilosamente... todas las decisiones importantes se toman en momentos de silencio, por lo general entre los árboles, ¿lo han notado?

Rosa: Hablas como si fuese fácil abordarlos. Seguro me pondré nerviosa y se darán cuenta. Lo más probable es que se enojen si derramo su trago y los

baño con él. **(Lee otro fragmento de la carta, mientras entra la Doctora):**

“Cuando se trata de la libertad”.

María: No pasa nada, si sabes cuándo mirar a los ojos y cuando sonreír, fíjate: entre avergonzada y gratamente sorprendida.

Rosa: Digamos que logro sentarme con ellos, como haces entonces para que terminen hablando, **(citando la carta):** *“usted que ha hecho obsequios superiores a su sexo.”*

María: Esto quizás sí sea nuevo para ti, lo otro sé que lo dominas, recuerda que te acompañó a veces a buscar motivos para tu impostergable e ineludibles confesiones.

Doctora: El hombre estaba lleno de tubos de colores, con líquidos que entraban o salían de su cuerpo y un respirador, su habitación olía a creso, me dijo que siempre quiso ser músico... cuánto dura un siempre, lo suficiente para dejar de lado los estudios que nunca me interesaron y dedicarme a actuar.

Rosa: Deja eso de lado y termina de una vez, mira, que no para toda ocasión es tan natural poner en *“uso el poderoso influjo de sus atractivos”*. Como señala tu amigo el Mariscal.

María: En todo caso, los vuelves halagar con lo que sea que hayas escogido de pretexto para sentarte. Preguntas más sobre la historia del objeto que hayas encontrado a la mano.

Rosa: ¿cómo?

María: Si fue un regalo, si se lo ganó como un reconocimiento, si tiene algún mérito de por medio y luego inventas una historia similar sobre alguien supuestamente cercano: mi abuelo, mi padre, no sé... tiene que sentirse un tono vivencial. Obviamente, lo vinculas con valentía, con honor, el suyo claro, y con una buena dosis de admiración, curiosidad e incluso sorpresa de tu parte.

Rosa: Entonces, ahí hago las preguntas concretas sobre el día y la hora en la que tienen planeado asaltar.

María: No, aún es prematuro, les haces creer que te habría encantado hacer lo que ellos hacen, así como una confidencia. Entonces les pides que te cuenten justo lo que necesitamos saber, como para poder soñar con sus hazañas, o bueno, con alguna tontería así.

Rosa: En realidad son tan bobos.

María: No del todo, pero deben creer que tú sí lo eres.

Maestra: Es inimaginable la capacidad de mirar a la nada que han desarrollado. Mirar el cristal, el metal, el negro que se alterna con la escasa luz, la banca, el piso, el cuero, pero nunca los ojos, los papeles, las chaquetas, los zapatos, el labial, las mangas; todo menos los ojos.

Rosa: Una línea roja es un punto que se desprende de una línea negra, que es otro punto entre millones más.

María: Y aún así siguen sin percatarse de nada, míralos. Ni de la intrascendencia. Ni de las cargas. Absorta en la simplicidad perfecta, ciegos.

Rosa: Nada podrá detener sin embargo al frío. Él pasará junto a todos los puntos y las líneas negras, pues el calor se fue ya, solo el rojo bien lo

sabe. Alguna vez te falló alguna treta, supongo que con ellas te has ganado el aprecio de tu: "muy atento amigo y servidor" **(leyendo el último fragmento de la carta)**.

María: Sí, pero tengo dos alternativas más aú, con las que no puedes fallar. La primera es esta **(le entrega una estampa cubierta con plumas)**, fue un obsequio del Varonono, llévala siempre contigo y por las noches, déjala esperar el alba junto a una vela encendida. Una lo suficientemente grande para que arda toda la noche. ¿Recuerdas el incendio de hace años?

Rosa: En el que murieron los de la casona grande, claro.

María: Nadie supo nunca de donde salió el fuego.

Rosa: No creo que hayas sido tú.

María: Picar el hielo en el balde, taller un mensaje sobre la madera, juntar leña, avivar el fuego, caminar con el viento cortando las mejillas, hablar sola, buscar la adrenalina fuera de casa para cambiar lo que se vive ahí adentro. Apuntar y no poder con el peso del arma, por encontrar los ojos de sus hijos en los rasgos del padre; perderse dentro de lo salvaje, tanto que nadie creería.

Soldadera: Se han quedado sin municiones, estarán así dos días más **(anota la frase que repite)**... se lo confesaré al padre, así me rueguen que no lo haga.

María: No, en realidad fue esta estampa y sus plumas. Muchas veces solo basta con desear las cosas y dejar que la noche pase y la vela se consuma. El fuego se encendió justo al alba, no fue entonces el sol quien calcinó el atado

de maderas secas que había junto a la casa. Son más poderosos de lo que crees y no puedes tenerlas por mucho tiempo, yo también las necesito.

Rosa: Dijiste que eran dos las alternativas, está cuenta como una de ellas, las he visto en los pueblos del norte, dicen que son mortales.

María: Eso mismo pensé yo cuando me las obsequiaron, pero al parecer vienen de otro mar. Sí con ellas no basta,estova de cajón. Lo que viene ahora, lo conoces muy bien, las usaste ala perfección, como una de tus pósimas.

Rosa: No insistas con eso y habla más bajo.

María: Fue solo un ejemplo. Si ellos evaden tus preguntas y te las devuelven, di cualquier cosa menos la verdad y conduce la conversación hacia temas más mundanos, desde el precio de las cosas, hasta el clima, cualquier lugar común sirve. Busca criterios sobre esas pequeñeces y refuérzalos, luego habla de comida, de intrascendencias. Solo con mucha paciencia, llega al terreno de las creencias, de la religión, hasta llegar a la política. Entonces deja sentir que respetas sus puntos de vista, ya no solo los compartes. Deja que sus secretos afloren como un acto de poder. En estos casos, para saber, es mejor no preguntar; pero sé que para eso no debo enseñarte mucho. Es ahí donde somos distintas y sabes a lo que me refiero, pero ambas podemos lograr lo que queremos, ¿o no?

Rosa: Dime algo, ¿por qué solo ahora te has ido de casa?

María: No es la primera vez que lo hago... solo que hace algunos años, volví enseguida. Al cerrar la puerta, solo saqué lo indispensable.Me senté en el sofá y maldecí las últimas imágenes.

Maestra: Maldecí el sonido de la puerta que se cerró tras de mí, como si no fuese capaz de volver.

María: Al día siguiente me acosté, en el mismo lugar, tras mojar mi piel, dejé que se seque con el aire. Me sentí tan fría y desnuda como llegué en la madrugada. **(Entra la Soldadera)** Volví entonces solo por los documentos importantes y por los rastros que no quise dejar, pero el entró.

Soldadera: Maldecí el olor del fogón y el de la pólvora.

María: Hace tres noches casi me arrebató la libreta, supe entonces que no duraría mucho más mi paz en ese lugar. De a poco, se me iría mermando el aire y el espacio que tanto me ha costado mantener... trataría de anular mi último resquicio de pasión, no tolero la idea, no importa el precio... me fui por defenderla, aunque por ella me pierda.

Rosa: ¿Qué habría pasado si encontraba la libreta, lo imaginas?

María: El fin, tendría todos los datos sobre los realistas, pero sobre todo, las confidencias del Mariscal, imagínate toda esa información en sus manos. No había más que esperar, debía irme. Además estamos muy cerca ya.

Rosa: Pero nos faltan la hora y el día precisos, no hemos dado con ellos.

Doctora: Recuerdo como él miraba el techo, trataba de hablar y de moverse, lo veía en sus ojos, nada más en su cuerpo se podía mover, sin embargo la que estaba viva, quieta, estancada, era yo.

María: Pues estoy segura que aún no los fijan, pero sé que lo averiguarás hoy mismo. De lo que consigas esta noche depende todo el ataque y la resistencia, ¿comprendes?

Soldadera: Por la noche los guardias roncan y es hasta sencillo tomar la plaza.

Maestra: Tan sencillo como empezar a estudiar el día que cumples treinta años.

Soldadera: Como mirar el péndulo que baja hacia ti, el pozo que te ofrecen para la eternidad y saber a ciencia cierta que todo saldrá mal, sin que eso te llegue ya a importar.

Doctora: Y pese a la presión, a las agujas, al teléfono que no deja de sonar, saber por qué se puede simplemente salir y cerrar la puerta, en pocas, largarse.

Rosa: ¿Has sabido si él llegará para la batalla?

María: Por el momento, solo lo he soñado y he quemado ya tres velas.

Rosa: ¿Cómo crees que reaccione cuando sepa que ya no vives más con Javier?

Escena 3

(Las mujeres se transforman en una turba)

Turba: Han matado a uno de los nuestros, otro más ha caído.

Rosa: ¿A quién?

Turba: Ha caído en la cruz de entrada a la ciudad, fue una emboscada, se llevaron la alforja y las cartas que traía. Ana ya aporrió a varios para saber quién tiene ahora sus cosas, pero se niegan a hablar.

María: Es él, él traería las cartas... entonces ha muerto.

Rosa: ¿Dónde está ahora?

Turba: Lo que queda de su cabeza, está en la plaza ya.

Rosa: Vamos a verlo.

María: No, no lo lograría, pero sé lo que sí puedo hacer. Hoy cobraremos cuentas pendientes, esa sangre no será derramada sin que me paguen lo que cada gota cuesta.

Turba:**(Cada una dice un pedazo del texto)**Con el humo de la hoguera, avanzamos sobre rieles, son dobles las jornadas de fuego, en el campo a balazos, en el andar sin descanso, alimentando la cólera y el estómago, son jornadas largas de polvo... una tarde los fusiles de los que alimentábamos con nuestras manos y defendíamos con nuestros pechos, también se fueron contra nosotras y nuestros hijos. Nos dispararon, en nombre de la misma causa que decimos seguir, cuando el poder seguirla es realmente todo lo que importaba, entonces también se quedaron sin la sangre que calentaba a la suya, pero morir con las venas calientes da sentido a la vida, finalmente, el resto ya no importa, nunca debió importar.

María: No es la primera vez que liquidas a un hombre noble, pero si en sur solo hubo llanto, hoy, aquí, haré que el templo del sol arda.

Soldadera: No solo en el campo se enciende la lumbre, por el gusto de hacerlo, por la adrenalina, disfrazada de causa, pues finalmente prefiero vivir creyendo que puede ser y que esta es la vida que me ha tocado, a quedarme sin poder sentirme fuerte, nunca. Con nada más que ayudarme, solo mis manos y mis propias manos, entonces siento los líquidos que se bombean por el resto de mi cuerpo, aunque me griten que traigo mala suerte. La causa podría ser cualquiera finalmente, vivir es todo lo que cuenta.

María: Hoy no tenemos por qué ver en silencio la masacre, no será nuestro llanto esta vez el que cause estremecimientos, será el tuyo.

Turba: Tampoco servirán de mucho tus esfuerzos, déjame decirte, y deja de correr, que el cambio de rótulo no ayuda más allá del título, del nombre y de eso no pasa ... Rosa ya vez, con nombre de flor, abre fuego.

María: De los restos que dejaste atrás antes de llegar a mi cuartel, también viene hoy parte de nuestra venganza, aunque en realidad no nos pesen más de la cuenta todos esos muertos, siempre ajenos y oscuros. Qué tanto podré yo cambiar los rumbos, los surcos marcados, no mucho, pero para nosotros sí cambia todo con tu muerte.

Soldadera: Con el nombre de un macho nos guardamos las balas, escondidas a veces entre los calzones. Pedro o Petra en realidad, tendrá una colección de historias a caballo. De lo que la una sabía, la otra aprendía y el final de la historia era fácil de descubrir. Pon tú el final a esto, serás bueno adivinando,

serás el hombre que supo entonces a ciencia cierta la fecha de su propia muerte.

María: a pedradas morirás, todas delicadas, lanzadas con soltura, para que tengan que prolongarse y ser más. Para que finalmente ni la cruz que te esconde pueda defenderte de nuestra ira, muerte lenta al Condre, hecha a mano, hilvanada, una muerte delicada.

Soldadera: Con mi melena mando hasta al marido que no recibe paga en mi tropel, la ira es femenina, aunque hasta Vidra lo niegue y diga que le trae mala suerte.

María: Qué escogemos, qué sacamos primero, tus miembros hacia los cuatro extremos, jalados por estas yeguas o tu cabeza vistosa como antorcha, que las mujeres gustosas pueden encender.

Turba: Suicidas, nos dicen suicidas, no saben del poder del límite, en el extremo se cae una sola vez y las posibilidades son pocas. Entonces, el paseo por el borde es el más seguro, así que acércate si puedes, que hoy no es mi día, solo el tuyo.

(Las mujeres faenan al Condre)

María: Han matado a uno de los nuestros esta vez, al único que podía llamar mío, y no tenemos la suerte del llanto, de los que solo llanto tienen. De lasacristía te arrastrarán al patio, que te dejen sueltocomo a una gallina que corre con miedo, que anda corta de plumas, con el guargüero agitado. Pobre, poco hombre ahora ... que te reunirás con tus muertos, que les rendirás cuentas.

(Rosa sale de escena)

Sabías que este fin te acechaba, por eso acudiste a esta vida de encierro, te robaste la paz al posar la cabeza en la almohada. La compraste con oraciones, con ausencias, con lluvia, con mertiolate y endometriosis, con amarres, con cortinas de terciopelo, con inversiones de riesgo, con títulos desgastados, con contratos mal redactados, con muertes prematuras, con miedos, con esculturas que caminan solas por la pared. Cuánto has encargado ya para librarte de las llamas, de esas quizás logres salvarte, pero en tu lugar, las habría preferido, son más rápidas. Seguro son suficientes para que no sufras tanto, pero nadie hoy te libra en vida de nuestro hierro caliente, no por nada la furia también se enfila en mi ejército.

(Matan al Condre)

Todas: Una piedra por cada clavo, bienestar. Una piedra por cada hierro encendido, aneurisma. Una piedra por cada costado arrastrado, infarto. Una piedra por cada corte sometido, dependencia. Una piedra por cada fusil, miedo. Una piedra por cada espada, complicidad. Una piedra por cada golpe, lealtad. Una piedra por cada herida, familia. Todas ellas por un muerto más, otro a cargo de tus cuentas. A tu suerte: inherte, tú, ahora. Las jarras metálicas suenan como un tic, tac, mientras recogen tu sangre, escuchas.

María: Teman a mi ejército de ira, todas ellas. Teman a la fuerza que lo crea todo, pero también todo se devora. De la falda del monte, de la cuadra avezada, de nacimiento o acogidas, venidas a menos, como dicen. Nuevas o de siempre, corridas o mejor aún escapadas, que no quede restos del bando que una vez más se ha llevado a uno de los nuestros. Siente la lluvia de mil piedras,

que las primeras armas también fueron damas, que la fiebre tiene todo de muchacha, que una moza tiene mucho para la alarma. La madera ardió en el norte, y la venganza de las piedras la arrastras desde el sur. Que aquí te persiguen la mujer del obispo y la del diablo, teme entonces, tiembla y llora, que la Lamedilla no dará tregua.

Soldadera: Que te trenzo en partes, como a las crines de mis caballos, que no recibo el dinero de nadie y hasta el general que escupe a las otras, ante mí se cuadra tras alzar su sombrero. Que de boca para fuera dirá que yo traigo mala racha, porque ella es tan compañera como esta o como el ángel, que no tiene sexo, pero explota un par de verdades por el cielo.

(Entra Rosa)

Rosa: ¿Ha muerto?

María: Al menos por ahora, dónde te metiste.

Rosa: Aproveché la revuelta para entrar a su cuarto.

María: Qué encontraste, ¿tienes las cartas?

Rosa: Lo único que encontré fue esto, mira el sello: realista, **(lo rompen y abren)**, debe haberle llegado hoy mismo. **(Leen)**“La alforja se encuentra bajo mi resguardo, se la arrebatamos bajo la cruz de entrada a la ciudad, esa sería la única prueba en nuestra contra, junto a ella también está todo lo ya dispuesto por su puño y letra, faltan pocas auroras.” Mira la firma.

María: Maldita sea, tenemos que dar la alforja pronto, nos queda poco tiempo por lo visto. Esto no puede estar pasando justo ahora, necesitamos a Carlos,

tengo una idea. Mañana y con mis polleras saldrá del calabozo. Con mí caminado, con mis aires, que las espuelas le lucen bien así.

(Entra la Niña)

Niña: Desde niños la madre que no tendré y su primo tenían ya ese juego: él se probaba sus vestidos, sus enaguas, años después hasta sus tacones. Él se delineaba los labios con sus coloretes, a ella le encantaban las botas de montar que él usaba, sus pantalones y su fusta. Era su secreto, sacarse la ropa para jugar, pero a cambiársela, nada más. Lo hicieron hasta hace poco, cuando los gruesos pies de él, borrachos, luchaban por entrar en unas linda zapatillas de fiesta.

Soldadera: A mí no me digas vieja, que yo soy todo un soldado. Que ya no creo en la paz con tanta sangre, pero tampoco en la sangre que se estanca en la paz. Que ya no creo en nada, solo en la adrenalina, solo ella dice la verdad. Y si algún macho flojea, le sirvo a mi aliada: la bebida, que como mujer poderosa se inyecta a los que vamos para el campo, todos con el alma aguerrida, guerreando. Se elevan los gritos, se aceleran los latidos, se suda, la euforia entonces nos hace creer, justificar y pedir más cuerpos.

Maestra: Todas malas mujeres, todas las malas que pueden ser peores. Ojos negros o azulados, da igual; melena oscura o de trigo; piel de luna o de noche; cinturas apretadas o que se desbordan, todas bastan para conseguir datos, horas, nombres y rehenes. La causa, se escurre siempre, nada cambia mucho, pero se vive en el quiebre y de él, por él, delicioso espacio, el vértigo.

Habitarlo es lo que importa.

Doctora: Lo haremos como en la mañana frente al escaparate de la licorería. Recuerdan al hombre que miraba tras el hueco de la cortina. El niño que de ahí salía, no tendrá más de ocho años, ¿lo recuerdan?

Rosa: A él y a ti mirándolo. Iba cargando para su padre dos botellas de vino tinto que alimentaron un par de ojos infantiles. El seguía sonriente.

María: El dependiente lo sabía, tú y yo también, era la prueba de vida. Dos pasos, no más, probablemente de la emoción tambaleaban sus zapatos talla 32. Era la prueba de vida.

Rosa: Entonces, inevitablemente, su ropa se teñiría de tinto y conocería como la presión duplica las cuentas. Era la prueba de vida.

María: Pero esta vez, existe la posibilidad de que el dueño de la licorería se frote en vano las garras. Se frote en vano la avaricia.

Rosa: Y aflore entonces su propia desazón y eso sea lo único que pueda frotar entre los dedos.

María: Vamos entonces.

(Salen todas de escena, menos María)

Escena 3

(Carlos y María espían tras un arbusto)

Carlos: ¿Cómo es posible que te haya crecido el pie en tan solo dos semanas?

María: ¿Qué esperabas, con todo lo que has bebido, estás hinchado?

Carlos: No lo sé, sería gracioso en todo caso, con lo pequeña que eres, y conveniente también, que otras partes sean las que aumenten con los años.

María: Se vería mal, así como están me vienen bien.

Carlos: Vanidosa, serían más útiles si fuesen tan pequeños como antes.

María: Lo que pasa es que los tuyos son fatales, desproporcionados; los dedos, unos ganchos pavorosos.

Carlos: Son varoniles que es distinto. No esperarías que alguien me respete en la batalla con unos pies de niña, ahí por la vida. Están hechos para andar, cabalgar, combatir, son recios.

María: Hablabas de vanidad. Los míos sin ser un par de garras mal hechas no me han dejado mal armada, de ninguna forma.

Carlos: Han salido ya, mira, la habitación está a oscuras, ve y distráelos con tus lindos pies.

María: Ten cuidado, debes ser muy preciso, no se puede ver nada allí dentro, no deben sentirte, ni escucharte.

Carlos: Quien te escucha pensaría que es la primera vez que lo hago, tranquila. Ve ya, enrédalos, mientras más pendiente esté él de ti, más fácil será para mí completar mi parte.

(María aborda a un realista afuera, mientras Carlos trata de descifrar la clave al interior de la habitación)

María: Buenas noches, vaya estoy algo perdida, aunque supongo que ya se habrá dado cuenta, no sé si usted podría ayudarme, de ser tan amable.

Carlos: Seguro están en el cajón escondido, debe tener por lo menos 120 posibles combinaciones.

María: Lo que pasa es que vengo horas ya viajando. Debía llegar hace rato, pero en fin, no había nadie más que me ayude para poder llegar y no logro reconocer la ruta ya sin luz.

Carlos: **(con un cerilla encendida hecha un polvo blanco sobre las perrillas del artefacto y lleva con él una lupa)**. Con esto bastará.

María: Pues, sí, soy viuda. Ya en el día a día, no es tan fácil sabe.

Carlos: Lo deben haber manipulado por atrás **(hecha más polvo)**.

María: Me encantaba contar historias, pero no tengo quien las escuche ahora, ¿quiere oír una?

Carlos: Todas las marcas van hacia la derecha y hacia arriba, todas, los interiores de todos estos otros están intactos.

María: Sentados contra columnas distantes, nunca llegaron a estar. Fueron dos perros sin sexo que antes callejeaban juntos y almorzaban frente al mar. Pero hoy ya no les interesa olfatearse ni seguirse, se perdieron hace tiempo al parecer. No experimentaron ser dos niños insoportables que se repelen. La distancia llegó antes de la misoginia. La ruptura llegó antes de perderse el

rastros y descubrir las diferencias de sus sexos, que durante años no pudieron definir. Antes que el tedio de la edad hubiese carcomido sus juegos, experimentaron el abandono. Es por eso que sus nombres no se han corrompido en la memoria. Y se colan de repente entre las columnas del mismo lugar. He visto sus ojos en los vértices siguiéndose. Es por eso también que ella los lleva siempre por la playa y nunca los mata en el malecón. Más que la noche, la sensación en el grosor y las curvas en el viento, igual que en las olas durante el día. Lo saben. Lo han visto ya. La reconocen, la miran. Se estremecen frente a su descomunal desatino. Son ellos los que lo contemplan, se estremecen y tiemblan. La noche puede llorar entonces por esos momentos donde todo será lejanía, pero por un espacio ínfimo, de sal, aún se cifra en su mano quien inevitablemente se convertirá en un futuro desconocido, destino perfecto de todo iluso.

Carlos: Ahora las perillas, veamos la pintura.

María: ¿Le gustó?... pues sí, me pierdo en el camino, usted me entiende.

Carlos: Entonces solo puede ser uno de estos dos.

María: Suelo confundir las direcciones, ¿ha usted no le ha pasado?

Carlos: Tiene el corte, el mismo acabado, ese hombre no maneja más de un par de combinaciones, siempre igual al parecer.

María: Suena muy interesante, cuénteme más, es usted también un ser sensible.

Carlos: No, no, no... paciencia, respira (bota un libro).

María: Debe ser un presagio, a veces lo que sucede es que no quiero llegar, quiero quedarme en algún otro lugar, desaparecer, perderme, ¿ha sentido alguna vez algo así?

Carlos: Concéntrate, no tardarán mucho en sospechar de la frágil chiquilla.

María: Habría que ver entonces hasta qué hora está aquí usted.

Carlos: Aunque bueno, su creatividad, no sería capaz, o sí.

María: Temprano todavía, bien puedo esperar, una buena charla es lo que más extraño, bueno algo así, además no lo voy a meter en problemas si puedo evitarlo.

Carlos: No quedan muchas más, me habré equivocado.

María: Entonces es usted un hombre muy valiente, apasionado, cuénteme más, pero que le pasa, no se apresure, no nos atrasamos a nada.

Carlos: Listo, aquí esta. Contando esta vez, el pobre hombre que los arma debe estar tres veces ya bajo tierra.

María: Tranquilo, yo espero que sea la hora de su salida, falta poco para que se pueda ver y me ayuda entonces a encontrar el camino a casa sin tanta vuelta. Además me gusta charlar y bueno, hace mucho que no hablo así con alguien tampoco, sabe, me gustaría estar más cómoda, que tal si me espera allá, cerca de ese árbol, lo alcanzo enseguida.

Escena 4

María: La alforja está vacía

Carlos: Es perfecto, no deben haber dado con las cartas, el informante dijo que el tesoro, la única prueba estaba guardada en ese cajón secreto... no había nada más, lo que sí estaba ahí era esto(**saca otra carta**), del puño y letra, pero del Condre. Él fue el que lo dispuso todo, encerrado entre saumerios. Tú los conocías a ambos bastante mejor que yo, es poco probable que hayan dejado cabos sueltos, incluso viéndose ya perdidos, ambos deben haber encontrado la forma de protegerse, el Condre dio con la alforja y la mandó guardar junto a la última consigna con sus tretas. Tu buen amigo protegió las cartas, nunca dieron con ellas, por lo visto hasta con su vida como precio y búscandolas, por fin dimos con todo esto. Tenemos las instrucciones que seguira nuestros oponentes en la batalla. Nada puede ser mejor.

María: Al alba entonces, la espero, con el sol, la última cabalgata, la última contienda, mis mujeres estarán listas. Hoy mismo llegaremos, entre los granos, la espuma y las piedras. Cómplice, me quitaré el duelo junto a sus prendas. Lo disuelvo en el espesor del movimiento. Dejo que la sal se lleve las costras. Que se esfumen todas las cortezas carcomidas. Secará el dolor al sol. Entonces también tendrá un cómplice para tal procedimiento. A los demás, les reservo el sabor amargo en la boca. Entiendo, voy descifrando, y tan tarde ya, el camino de regreso.

Carlos: Sí todo termina pronto, que vas a hacer, vendrías conmigo.

María: Tras la contienda decidiré hacia donde me llevarán los cascos de este animal y de paso cepillaré su crin, hace mucho que no lo hago.

Carlos: Otra es quién así lo requiere.

María: Estos se acomodan solos.

Carlos: Desde la tarde en que se perdieron las cartas y la alforja, no los he vuelto a ver en su sitio.

María: Desde entonces nada más ha estado ahí, que esperabas.

Carlos: Que hables entonces de eso, que digas algo al respecto.

María: Que se puede acotar, la contundencia de la muerte es esa justamente. Todo lo que fue se pierde, no existe... ahora solo queda este caballo de crines alborotadas y su galope, el viento de la cordillera, la adrenalina. El resto del mundo, del tiempo, hasta las causas, todo desaparece. Lo único que queda es el vértigo, el placer de sentirlo, aquí está, entonces la vida se puede llamar así, solo entonces.

Carlos: Te lo guardas una vez más. Junto con las cartas, las que sí alcanzaron tus manos. Las encontré hace poco al ajustar la cincha. Lo sé todo.

María: Urgaste entre mis cosas.

Carlos: Me preocupaba que te caigas, nada más.

María: Qué más podía esperar, siempre lo supe finalmente ... con huir bastó, con combatir, con sentir, con vivir, el resto solo fueron sueños que se quedaron en el papel... sus besos, supongo, nunca fueron para mí.

Carlos: O prefieres creerlo.

María: Pese a lo que podrías pensar, hay muchas cosas que no cuestiono.

Carlos: Que harás cuando todo acabe.

María: No lo sé, no quiero saberlo, quiero lograrlo con todas mis fuerzas, pero el día siguiente, el día después, a ese no lo anhelo. Con no tener nada de lo de antes, con eso basta. Quién sabe, quizás como Rosa, vaya y me robe a un hombre del monasterio, usando sus agujas que picotean en el piso como el cuero cabelludo y erizan las escaleras de caracol.

(Se escuchan gritos)

María: Dame un arma

Carlos: Mirando siempre a los costados, recuerda.

María: Desde la buhardilla se escuchaban las tejas o la mugre. Antes de salir, pude ver sus sombras, ahora lo entiendo.

Carlos: Yo vi varias siluetas en las ventanas de los cafetines. Camino a casa, muchas más en las vitrinas, cómo no lo supe.

María: No me sentaré a esperarlas, pero sé de sobra que nunca atacan de frente. Yo prefiero desgarrar. Se abre el armario de caoba, cuidado que voy en llamas, tras mis días de sol sobre ese mismo monte, tras la vida que me pertenece.

Escena 5

(Javier acaricia varios perros en la cama, hacia la esquina van entrando de nuevo las mujeres.)

Javier: En el peñasco, María se arrastra. Solo mi mano se permite desafiar el castigo. La voy a dejar caer. Lo sé y me duelo. Está marcado su precio y el que pagué por ella. Sin embargo, me detengo a pensar si algún tipo de pureza no se desplomó junto a su cuerpo. Así es, me alegra que caigan juntas entonces.

Carlos logró escapar. Imagino su cara incrédula, seguro no sabes cómo lograron encontrarlos, seguro se lo cuenta entre lágrimas en cartas a su Varonono. Supongo que escapó hacia el norte, nunca supo que fui yo quien se quedó con los folios de la alforja, que yo rompí los sobres y los sellos, que los obtuve con mis propias manos, como parte de la victoria que me estoy festinando. No se imagina que antes que Rosa llegué hasta los aposentos del Conde, yo mismo deposite la carta del engaño con mi supuestas intrucciones.

(Entran la Maestra y la Doctora)

Maestra y Doctora: Pero vivimos el vértigo.

Javier: Reconozco que la fortuna jugo a mi favor, mujer vendida. Que guardé la alforja y las supuestas coordenadas en el cajón del cual bien conocía el código. También me guardé los datos, para mi propia victoria, dejé entonces que Montes tenga todo servido en bandeja de plata, sin problema, y que ellos confíen junto a esa falsa nota, sabía muy bien luego lo que harían al alejarse.

(Entra Rosa)

Rosa: Mañana no importa, hoy el vértigo existe.

Javier: Sin embargo, de antemano supe en que momento les metería finalmente el pie y los vería caer, debía ser cerca de la laguna, es hasta poética la imagen. Tuve tiempo de acomodarme en una ladera cercana, beber

algo y sacar mis lentes para mirar: ella se quedó atrás, guardándole las espaldas como siempre a su primo. Fue muy cómico verlos, aunque fuese de lejos. Reí cuando trató de volver por ella, pero fue muy tarde. Deben saber que en el camino sufrió mucho, fue arrastrada a pie por los caballos, llegó en harapos a Ibarra, de lejos vi todo el recorrido... se las arreglaron ahí para llevarla a un convento, finalmente nunca dejó de ser la hija de su padre, ante eso no hubo mucho que yo pudiese hacer.

(Entra la niña a la esquina)

Niña: Vértigo.

Javier: Hasta el final dio guerra, escapó por la noche. Sin embargo, el destino jugo de nuevo a su favor. Murió sin mi ayuda ya, se fue antes de que yo lograra colarme por una ventana, iba a ahorcarla mientras dormía, no sin antes besar sus labios. Supongo que por eso, por burlarme nuevamente mantenía una ligera sonrisa, y con ella se exhibió su cabeza en la plaza. Dulces sueños, niños míos, llegó la hora de bañar al agua, de reflejar al espejo, de despertar jóvenes y radiantes, de quemar la retina y en el día recuperar la misma sensación que con las horas por fin se pervierte.

(Entra la Soldadera)

Soldadera: Vértigo